

# FIN DE VACACIONES

POR AGUSTIN YAÑEZ

Oro y tibieza de las tardes, temprana sombra, largas las noches, próximo el fin de las vacaciones. Cae octubre. Cae sobre los campos amarillos. De la tarde a la noche crecen desasosiegos y deseos. Medrosas muchachas enlutadas, que no podrán dormir, a las que les duele posponer más el atrevimiento de acercarse a la cerradura de las puertas para sufrir el vértigo de las palabras temidas, deseadas. Esperanza y temor de los novatos que han logrado entregar una carta, que pasan el día devanando la significación de un gesto, de una mirada, y a la noche consiguen escapar de sus casas, profanar el recato de las nueve, de las diez, de las once y aun de las doce! sortejando miradas y oídos, escamoteando la vigilancia del Cura y de sus agentes, afrontando la sorpresa que puedan darles el padre, los hermanos, los primos, los parientes de la rondada, espiondo el acabamiento de los ruidos y de las luces que las rendijas filtran, acercándose, acercándose, ganando la banqueta, y el muro, y las aristas de ventanas y puertas, descubriendo a tientas hendiduras y cerraduras, espoleando el ojo entre las tinieblas, juntando el oído, atreviéndose a producir leves ruidos que puedan atraer felicidad o desgracia, una, otra, muchas noches, desesperadamente, sin logro venturoso, bajo estrellas impasibles. Algunos prefieren celar el sueño de madrugada, dejan los lechos a las tres, a las cuatro, se deslizan por las calles, el tacto los conduce a la casa, ventana, puerta, reprimida la respiración para no ahuyentar los tímidos roces que anuncian, tras las maderas como tras una vida, la deseada presencia. Como pájaros locos, puestos en última desesperación, a ciegas, como pájaros perdidos, los deseos van a estrellarse contra las cruces, contra la cantera de las portadas, contra los muros; correteados por los cuatro jinetes de las postrimerías, fantasmas ubicuos que lo mismo salen a la calle, que no se apartan de los cuatro lados de la cama donde la doncella desvela sus deseos y sus miedos; este año los guardianes implacables de las mujeres enlutadas tienen la misma sangrienta máscara que recuerda el rostro, que presenta la memoria de Micaela: —“¿No te acuerdas de mí?” — dice la Muerte; —“¿No te acuerdas de mí?” — el Juicio dice; —“¿No te acuerdas de mí?” — habla el Infierno; dice la Gloria: —“¿No te acuerdas de mí?” Muerte, Juicio, Infierno y Gloria toman la forma de Micaela, cuya voz de ultratumba clama con fría dolencia, repetida, repetida: —“¿No te acuerdas de mí?” Parálisis de terror, ¿cómo podrán vencerte los deseos en las noches largas, en el agobio de las madrugadas?

No todos los deseos fueron derrotados. La intrepidez —ávida— de algunas mujeres, venció a las legiones del espanto. María —¿por qué también María, la sobrina del párroco? ¡María, que como ninguna jamás logra desasirse del espectro y la voz de su amiga Micaela! ¡Fué despecho? ¿fué desesperación por el comportamiento de Gabriel?— María se contó entre las que rompieron el cerco de temores. La dejó atónita el brusco vacío de Gabriel, cuyo paradero ignoraba; la tragedia de Micaela no le sirvió de lección: antes la exasperó, sintió frenéticos

El clima represado de las conciencias, el ámbito de superstición y prejuicios de un pueblo típico de México antes del estallido revolucionario de 1910, son descritos con seguro aliento novelesco en el libro *Al filo del agua*, de Agustín Yáñez, que muy en breve aparecerá en las Ediciones de la Universidad Nacional de México, con ilustraciones singularmente bellas de Julio Prieto. De tales páginas desglosamos este capítulo, colmado de sabor estudiantil y aciertos psicológicos.

impulsos de huir o de ser muerta como su amiga, creyóse capaz de lo peor; en un momento la tocó el vértigo de la venganza no sobre Damián, sino sobre todo el pueblo, al que quisiera quemar, pulverizar, sepultar en el olvido de las generaciones por venir; deseó con vehemencia no pasajerá visitar al preso, y reclamarle que la matara, y besarle las manos asesinas, y mordérselas, y arañarle la cara, y bendecirlo, y maldecirlo, llena de admiración por él, y de odio, y de menosprecio, y de lástima; gustosa se hubiera ofrecido a ser la que llevara del curato los alimentos que su tío mandó a Damián esos días de su prisión en el pueblo; fué de las que se levantaron a ver la partida del reo en la madrugada del treinta y uno; si hubiera tenido una pistola lo habría matado, para luego gritar *vivas* al héroe; cuando éste pasó, a María se le anudó la garganta y se le soltaron las fuentes de las lágrimas: ¡qué impulso de seguirlo para darle tormento y consolación! ¡tal vez, primeramente, por dejar al pueblo para siempre y jugar la probabilidad, en el camino, de recibir un tiro por la espalda! Negros resentimientos afluyen al corazón y a la cabeza de María, desde la sima del alma, por los vericuetos del cuerpo. Irascible, insufrible cada vez más. Día con día más amargada. —“¡Estoy de arrancar!” — siente, dice. ¡Arrancar! Un soplo, un insignificante soplo la levantaría. Un insignificante, quizá el más insignificante de los muchachos en vacación, logra sin esfuerzo ser atendido por la sobrina del Cura. *Espíritu rudo* lo apodan sus discípulos; es hijo de Cirilo Ibarra, el panadero; se llama Jacobo: *el enconchado* suelen también apodararlo, retratándolo con menosprecio; podrían asimismo decirle *trompas* o *el trompudo*, rasgo saliente de su fisonomía; es de baja estatura, de nariz roma, de ojos redondos muy negros, de cejas pobladas, de pómulos angulosos tirando al cuadrado; el ánimo torpe, mas lleno de obcecación, introvertido, caprichoso, pasional; nadie le concede simpatía, ni en su casa; tampoco él parece hacer caso a nadie. Lucas Macías es el único que ha opinado: —“Ese hijo del panadero navega con bandera de tonto; es de los de música encerrada.” ¡Ocurrencias de Lucas: es un pobre muchacho que nació para destripaterrones o arriero! ¡Lástima y risa da verlo vestido con prendas inadecuadas: “gallitos”, desechos de las guardarrópías con que los ricos de Guadalajara reclaman a los seminaristas el título de benefactores! Jacobo es tan insignificante que no repara en las burlas y conmiseraciones que provoca. Si no se hace presente, nadie lo recuerda; y presente, todos lo hacen menos. Comoquiera que sea, este año terminó y aprobó el tercero de sus estudios. La impresión general es que no ha pasado el primer curso, ni pasará. Jacobo no anda con preámbulos en sus cosas (si las piensa, no exterioriza

su previa reflexión). Jacobo no anduvo con preámbulos para hablarle a María, en las penumbras del curato, a la hora en que cenaba el párroco: —“Usted me simpatiza y quisiera que fuéramos novios” — y ella, con suma naturalidad: —“Voy a pensarlo; no dé a maliciar.” La reserva del insignificante llamó la atención de María en los días que siguieron. —“Cómo me choca” — decía consigo misma; era el antipoda de sus novelarías. Muy zongo, el hijo del panadero se quedaba en la sacristía después del rosario, comiéndose a sacudir, a barrer, a cerrar la parroquia, a apagar las lámparas, menesteres que le permitían entrar y salir al curato, espiondo cuidadosamente la ocasión de que nadie lo viera; dejaba que se fueran los otros seminaristas, engañaba fácilmente al sacristán, pasaba con humildad frente a Don Dionisio, apagaba cuantas luces podía. ¡Era tan insignificante, por lo demás, que ningún recelo despertaba! Pasaron cuatro días de la primera entrevista. La noche del veintinueve de septiembre se acercó a María y le dijo bruscamente: —“¿Qué me resuelve de lo que le dije?” —“Que sí” — fué la fría, seca, imperturbable respuesta, mientras decía consigo mismo su autora: —“Qué vulgar, cuánto me choca.” Era una sorda y auténtica repugnancia, que le provocaba irritación; pero mientras ésta crecía, mayor placer le daba contrariarla, y tal gozo le compensaba la falta de otros estímulos comunes: cariño, miedo, ilusión, desesperanza. No quería, nada esperaba; el acercamiento del estudiante no la hacía temblar; sólo se daba gusto en irritarse y en romper el cerco puesto a las mujeres del pueblo. —“Eso ya lo hizo Micaela” — solía ocurrírsele, sin hacerle mella la falta de originalidad. —“Micaela y yo fuimos como hermanas; no voy a dejar su empresa de rebeldía; Micaela y Damián son mártires.” Por otra parte, veía en Jacobo un compañero de menosprecio: ella y sus ilusiones habían sido siempre menospreciadas, vistas con lástima, sujetas a constante anulación. Jacobo y ella desdeñaban la hostil circunstancia de sus vidas. El no podía ser más ridículo. Por eso también lo desdeñaba, y con desdeñarlo, a sí propia se desdeñaba y él acabaría desdeñándola. Si Jacobo la exasperaba, ella no lo manifestaría: una templada frialdad reguló sus encuentros. El *espíritu rudo* fué inflamándose de amor; pretendió inútilmente ocultarlo a María, cuya irritación caminaba en sentido inverso, acentuando matices de frialdad. —“Ya es tiempo de hablarnos de tú” — propuso él, a mediados de octubre. —“Como usted quiera” — respondió María. Y al día siguiente: —“Tú no me quieres” — dijo Jacobo. —“Ya sé por qué lo dice: por la facilidad con que le he correspondido y me he prestado a hablar con usted.” —“¡Háblame de tú! Oye ¿serías capaz de darme una entrevista larga?” —“¿Para qué? A nada conduce que nos veamos.” —“Tengo tan-

to qué decirte y no he podido. Pero ya veo que no me quieres.” —“¿Por qué no?” — María no puso ninguna convicción en sus palabras que, como todas las noches, fueron cortadas por un ruido inoportuno. Vulgares, rápidos encuentros. Aburrida, María se aferró a no darles fin. Tenía cierto encanto sentirse fingir que jugaban a las escondidas en la penumbra del curato. Tenía cierto encanto sentirse pilar impasible ante aquel torpe jovencuelo cuyas pasiones despertaban, ineficaces para el contagio. ¡Cuán lejos estaba de los héroes que la entusiasmaban en las novelas y de los criminales cuyos hechos registraban los periódicos! Cualquier noche lo abofetearía como a un lacayo. En las horas interminables de la mañana y en el desabrimiento del anochecer quisiera salir corriendo por las calles al grito de “¡Jacobo Ibarra es mi novio!” Cuando acaba el rosario siente unas ganas locas de traicionar al estudiante, delatando sus marrullerías al Señor Cura y al sacristán. En el momento preciso contribuye a facilitar el encuentro entre sombras, a sabiendas de que será un encuentro soso, de que no tendrán que decirse nada, de que logrará sólo irritarse y acrecentar su melancolía de mala ley. Nadie menos que Jacobo (ca-



rece de nociones y de aficiones por cosas geográficas, es grosero en lo relativo a música y a lecturas de imaginación, lo tiene sin cuidado el gusto de viajar), nadie menos que Jacobo (sin dinero y sin porvenir) es el que pudiera satisfacerle su gran ilusión de conocer el mundo: Jacobo, que en el mejor de los casos llegará a ser empleado, cuando no un “periquillo” sin oficio ni beneficio. Entonces ¿por qué ha desechado María, con altivez irritante, las demostraciones insistentes que le consagra un muchacho de Teocaltiche, venido al pueblo en compañía de los Aguirre? Dicen que cursa los últimos años de Medicina (durante su estancia en el pueblo ha dado magníficas pruebas de sus conocimientos y altruismo, curando sin cobrar a los pobres y aliviando casos viejos y difíciles); guapo, de agradable palabra, dicen que es rico y de buenas costumbres. A María le hace la corte casi

desde su llegada, en los primeros días de octubre, y es asunto público, bien visto —cosa rara— por tirios y troyanos, que se han declarado padrinos y aliados del forastero *sangre-liviana*; mujeres oficiosas, entre ellas algunas Hijas de María, soplan alientos en las orejas de la muchacha, y aun le traen palabras dichas aquí y allí por el Doctor. El Señor Cura no ha cerrado las puertas del curato al estudiante, con el cual depara, ostensiblemente agrado, y ha hecho excepción en sus hábitos, invitándolo a comer varias veces. Público ha sido el repudio de María. El galeno en ciernes persevera sumisamente, no haciendo caso de las descortesías que le corre la zahareña; los proyectos de viaje a Europa que tiene formalizados el pretendiente para cuando se reciba, las crónicas de sus paseos por las principales entidades del país, las impresiones de los libros que ha leído, dejan impasible a María, que se ha negado a escucharlo, le ha devuelto sin abrir las cartas que le manda, ni se digna mirarlo. ¡Cómo aparentó indignarse y cómo la complació que Jacobo le dijera una noche: —“Yo comprendo que ese partido no tiene comparación con el mío, y no quiero estorbar: quedas en libertad, María”! Experimentar el temblor con que fueron dichas estas últimas palabras, casi fué una emoción dulce para la joven amargada. —“Yo no soy mercancía” — repuso con sorda voz y con airado gesto. Marta misma insinuó el agrado con que miraba las demostraciones del teocaltichense, cuyo asueto en el pueblo llegó a su término sin haber conseguido más que penosos desprecios. La noche del día en que se marchó el desdeñado, Jacobo vino a María con lágrimas en los ojos: —“No más a ti me animo a decírtelo: yo no tengo duda ninguna de que triunfaré, aunque nadie lo crea, ni tú misma; tengo todo arreglado para entrar al Liceo este año, y dentro de cuatro, antes me cortarán el pescuezo, que dejar de ser ingeniero; ya este año me sostendré sin ayuda de otros ¿me crees?” — le tomó con fuerza una de las manos y se la besó; María, sorprendida, sí: esta vez emocionada, lo arañó fieramente, casi amorosamente. Durante las noches inmediatas, impidió los encuentros con Jacobo; pero éste se dió maña para hablarle con secreto en la iglesia, durante la misa del domingo último de octubre y para que nadie reparase (a todos parecía tan insignificante, que las gentes pensaron que le daba un recado de su tío). —“Mañana me voy temprano. Yo no te recomiendo, ni te pido nada. Eres libre. Pero mi compromiso será firme siempre. Si no quieres, tampoco nos veremos en la noche.” En la noche pudieron verse: —“Creí que ibas a dejar los estudios para que luego nos casáramos” — dijo María con seca indiferencia. —“Eso si me quisieras; pero tampoco sin dejar los estudios.” —“Es verdad: no te quiero, nunca te podré querer.” —“Te agradezco la franqueza. Yo siempre me sentiré comprometido y seré leal como perro. Ya lo verás.” No tuvieron tiempo para decirse adiós.

¡Todos fueran como el joven tan educado que vino a casa de los Aguirre! Ese, que no se sabe dónde tuvo la cabeza María para no hacerle caso.

Como todos los años vinieron estudiantes fuereños, invitados por los de aquí a pasar una parte de sus vacaciones, y profanaron e hicieron olvidar el luto del pueblo con sus algaradas, travesuras y amoríos. Retachaban en las aceras de

puertas y ventanas herméticas los gritos, las pláticas resonantes, las jactancias, los apodos, los chiflidos, las canciones y aun los rasgueos de guitarras, que hacían estremecer las cruces, las piedras, los muros recoletos; la profanidad saltaba sobre las azoteas y conturbaba el sagrado de patios, alcobas y oídos de mujeres y niños, como una tolvanera que cuele polvillo y basura por los menores resquicios. Bromazos y agudezas eran comentados en lo íntimo de las casas, con sonrisas o con escándalos.

Todos fueran como el *espíritu rudo*, el *enconchado*, cuyas relaciones nadie sospechó; de cuyos labios, pasos y miradas no escapó la menor indiscreción.

Como todos los años hubo alardes que pusieron en picota la fama de aquella, esa y esta mujer; donjuanes presumidos —a la cabeza los fuereños— espantaron el avispero de las hablillas, de las murmuraciones y de la franca difamación.

Como todos los años, octubre vino a ser una pesadilla para los deudos de don-



cellas; hubo moquetes en las calles para ahuyentar sospechosos, aunque no se registraron hechos de sangre, como en otros años. ¿Cuál padre de muchachas durmió su sueño completo, sin dejar de levantarse al menor ruido en las hondas y en las altas horas de la noche? Comenzaron a respirar cuando los estudiantes dieron traza de irse; mas los últimos días eran los más peligrosos: redobladas cautelas del veinte al treinta de octubre: cuando deseos y nostalgias baten sus esfuerzos postreros: cuando a cuevas de melancolías va llegando noviembre: cuando los que van a partir y han esperado semanas, rondando en vano las calles tenebrosas, las puertas y tapias, los días, las noches y las madrugadas, empeñan sus juveniles bríos por alcanzar unas palabras, unas manos, quizá unos labios, y siguen de lejos, camino de la iglesia, los bultos, las voces, los pasos, entre los que va la figura, la voz, el paso de la mujer que van a dejar por largos meses, tal vez para siempre, y quien acaso ni siquiera reparó en la devoción a punto de quedar inédita. Cuando mañana es la partida, ya no quieren ver ni hablar: se contentan con ser oídos, con ser sentidos, y golpean los pasos y silban tonadas en las aceras resonantes. Pero los que han cosechado frutos, no se resignan a irse sin lograr uno más, que será su viático, y

jamás quieren que el último sea el postrero: ¿han hablado alguna noche por la cerradura? pues ahora su fantasía les demanda estrechar la mano, y si esto consiguieron, desean acariciar el brazo, aspirar el ambiente de la mujer que dejan, regatear hasta lo último su presencia. ¿Y las enlutadas que han resistido semanas y semanas? Su corazón es un reloj que desmorona lentamente los días y las horas que faltan para el tiempo de ausencia, cuando el pueblo parezca más vacío, cerrado y triste; cuando por las calles no se oigan jácaras, pasos de fiebre, silbidos implorantes, durante las noches y en las madrugadas; cuando sea inútil arrepentirse de haber dejado escapar los llamados de la sangre. Así es como muchas, en estas postrimerías de octubre, rompen el cerco de temores y salen al encuentro de una felicidad efímera, que mañana, nomás, caerá en la penumbra de lo azaroso, trocada en pan cotidiano de la aflicción y remordimiento, pan de castigo quizá perpetuo. Los deseos de las pálidas mujeres vencen la triple valla de temores: los del olvido, los de la difamación y los de la pérdida eterna del alma.

Fué así, por esto, y por las indiscreciones de mozalbetes jactanciosos, y por el celo de las “hermanas” inspectoras y del Padre Director; como fueron expulsadas vergonzosamente de la Asociación de Hijas de María, en asamblea plenaria, Soledad Sánchez, Margarita González, Rebeca Saldaña, y amonestadas tres otras “hermanas”. (—“¿Cuántas se le escaparían al buen Chemita?” — murmuraron, socarrones, los Padres Meza y Vidriales; mientras las lenguas van señalando nombres de atrevidas, muchachas locas que dieron oídos al mentir de los estudiantes y por arte de Belcebú escaparon a la sanción del Padre Islas, aunque no a la condenación del vecindario.) Las expulsas y las amonestadas cargarán por mucho tiempo, tal vez para siempre, su vergüenza; el pueblo será hostil para ellas, habrán de renunciar a sus amistades, les negarán el saludo en la calle, les harán el vacío en la iglesia, como a leprosas.

Los estudiantes nuevos y los antiguos cuentan las horas que les quedan de estar en el pueblo, mientras por la garganta les va subiendo el nudo del llanto. Quisieran acarrear con los sentidos la traza de las calles, el contorno de los muros, la silueta de las cruces, los olores de las puertas, de los patios, de las alcobas, el timbre de las campanas y de las voces familiares, el sabor de los manjares caseros, el regusto del aire y de las luces provinciales, la fragancia del humo, de este humo nostálgico de yerba seca consumida por el fuego en las postrimerías del otoño; por eso andan de aquí para allá con ojos, narices, oídos, labios, manos y corazón penetrantes: visitan las casas de parientes y amigos, clavan miradas en los accidentes geográficos que rodean al pueblo, recorren una y muchas veces las calles, engolosinándose con el eco de los pasos en las aceras; no quieren poner fin a las pláticas con los que se quedan. Mañana: ¡cuán lejos todo esto entrañable! Llegado el momento, salen cabizbajos, no se resignan a dejar de ver el caserío, la torre, los perfiles comarcanos, cual si nunca hubieran de tornar.

El pueblo se ha quedado solo, con sus campanas de Animas. Los estudiantes irán imaginando lo que aquí pasa: el jubileo por las benditas almas del Purgatorio, el entrar y salir de gentes que lucran indulgencias por los fieles difuntos en cada estación, la Misa de Requiem cantada por el coro, el tañido de las campanas.

## BANCO LATINO AMERICANO, S.A.

INSTITUCION DE DEPOSITO AHORRO Y FIDEICOMISO

Nuestro Departamento de Ahorros recibe desde \$1.00 hasta \$25,000.00, pagando intereses de 4% anual.

Le agradeceremos se nos proporcione el placer de servirle.

Balderas núm. 34

Mexicana 35-94-50

Ericsson 18-03-87

México, D. F.

## ANTIGUA LIBRERIA ROBREDO

ESQUINA GUATEMALA

Y ARGENTINA

MEXICO, D. F.